

el medio en que vivía. No le importaba. O, más bien, le importaba porque quería la guerra. Guerra ideológica, apasionada y sin miramientos, destemplada y colérica en que los artículos se entrecruzaban con los insultos y las bofetadas. Sarmiento era el héroe del romance:

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear.

Y no sólo en Chile, donde se le reprochaba su ingratitud de emigrado, sino en su propia patria donde al calor de las luchas políticas se llegó a los extremos máximos de crueldad para hurgar en las íntimas heridas de su vida. El tiempo ha atenuado esa violencia y ha borrado el abrupto perfil de esas aristas envenenadas. Ya tenemos para siempre la egregia figura de Sarmiento civilizador continental. En Chile nos queda su huella formidable en la educación pública, en la vida literaria, en las ideas políticas, en la cultura, en suma.

Echagüe ha levantado el tono de sus dos libros últimos al hablarnos de Sarmiento. Interesa más a su destino de escritor argentino su evocación de esa gran figura humana que la actitud bélica de sus amigos los escritores franceses recogida en uno de sus libros. Por lo demás al pedirle a Echagüe que mire más hacia nuestra América no le pedimos nada de extraordinario. Es reiterarle lo que, con la insistencia de un apostolado, ha sido su prédica constante de tantos años de crítica teatral. Que los autores miren el fenómeno maravilloso de un gran pueblo en formación y dejen palpitante en sus libros un

temblor de esa vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

POESIA

GUÍA DE JARDINES, por *Rogelio Buendía.*

El señor Buendía es un literato antiguo. Sus primeras producciones fueron editadas en 1912, y los dieciocho años de literatura transcurridos, le han impuesto el deseo de no quedarse atrás, de estar siempre al día. Y este deseo es bien difícil de cumplir, si se toma en cuenta que el autor no ha claudicado con el ambiente literario de la capital española. Todos sus libros han sido editados fuera de Madrid y los que aparecen con el pie de imprenta fechado en Madrid, no fueron allí tomados muy en cuenta. Pero es justicia reconocerle que ha hecho desde provincias—Huelva, ciudad de su residencia—cuanto ha estado de su parte para estar dentro de la literatura a tono con Madrid. Y poco después de las festividades gongorinas lanzó a la publicidad esta *Guía de jardines* (1).

Como decimos, en ella se obedece a una sola voz de orden: don Luis de Góngora y Argote. Pero como ha quedado demasiado distanciado del maestro la voz de orden apenas se oye, y la oye el lector cuando se encuentra con alguna imagen que ya ha conocido en las *Soledades*.

(1) Huelva, 1929.

La sensibilidad del autor se manifiesta en esta obra en diversas impresiones de viaje, en unas estampas de pájaros y en unos poemas con pipirigallos. Pero es de lamentar que la influencia señalada no deje expansionarse libremente la aptitud poética del autor que, un poco más alejado de Góngora, pudo haber cantado con voz propia los motivos de sus poemas.

Veamos el poema *Cacería*:

Ayer.

Por las ventanas del pinar la auro-
ra
asomaba sus nalgas sonrosadas.
Picoteaba el aire la brisa cantadora.
El rocío colgó sus arracadas.

Por el camino del jardín del cielo
las últimas estrellas voy cazardo
con tiros de cristal y arpón de hielo;
las copas de los pinos, cojín blando
se llenan de latidos de luceros.
Son mis balas de amor tiros certeros.

Mañana.

Iban los arcabuces de los chopos
tirando alondras por el río abajo
y las manos del sol acariciaban
la piel del agua con deleite. Claros
topos de violeta se escondían
debajo de las sábanas de cardos,
desde allí corroyendo madrigueras,
yendo hasta el corazón por el olfato.

Tú blandías la espada de tus ojos,
el sol la ardiente flecha de sus manos,
el río las navajas de sus ondas
que en piedras de marfil iba afilando.

Tú triunfadora, yo bajo tus plan-
tas;
pero el laúd de mi palabra ha entrado,
sin cornetas de luz, agua adelante,
en la bahía azul de tu costado.

En el poema transcrito se puede verificar fácilmente nuestra afirmación. El predominio en las formas

verbales de los tiempos de copretérito y gerundio, netamente gongorino, se acentúa con el retorcimiento de algunas imágenes indudablemente bellas, pero que tienen un pequeño defecto: no son del autor, son de Góngora. Así el que a nuestro juicio es el verso más bello de los atrás citados: «con tiros de cristal y arpón de hielo», figura entre los versos de Góngora.

Pero sin lugar a dudas, el estudio de la obra gongorina ha hecho al señor Buendía meditar imágenes de innegable belleza que como «las copas de los pinos—cojín blando—se llenan de latidos de luceros», constituyen aciertos de buena ley. Aunque, debemos reconocerlo, estos aciertos son escasos.

Ya al referirnos en crónica anterior a otro poeta español, Gómez Fernández, también señalamos la influencia tiránica del vate cordobés; pero si como dijimos de Gómez Fernández, en él se advierte tras las marcadas influencias señaladas una fuerte y acentuada personalidad poética, no podemos decir otro tanto del autor que nos ocupa, por cuanto su poesía en general carece de fluidez, de espontaneidad, y da la impresión de ciertos rasgos certeros encontrados al cabo de un trabajo fatigoso y árido y perdidos entre muchos versos retorcidos y de una afectación de mal gusto. Así unos cipreses de un jardín florentino son calificados como «cipreses de verde cloro», lo que es un notable hallazgo de la peor prosa.

También las formas poéticas traicionan al señor Buendía y hay algunos quintetos que son un modelo

de la más cursi afectación. Un instante en un invernadero: «En el invernadero—bailan los colibrís de las catleas y en el verdoso acero—de las cinnias ovulan las estrellas—y un tulipán de luz pare un lucero.» Con excepción del verso final, contenido e intenso, los cuatro versos restantes hacen pensar en la hora de apogeo de la afectación y cursilería provincianas. Sin embargo el romance, el romance antiguo de motivo popular, es expresado en forma artística por el autor. *San Serenín y sus pájaros* que es el mejor romance del libro contiene una insignificante historia poéticamente escrita, en que se nota precisamente aquello que escasea tanto en el libro que comentamos: una emoción sincera expresada con fluidez y sencillez.

Pero tales momentos felices no logran desvirtuar la impresión desfavorable que nos produjo la lectura de esta guía. Su autor dice por ahí (pág. 76) «y yo voy a defenderme con mis coplas de abalorio». Esto es exacto, hay muchas cuentas de abalorio en el collar de las poesías del señor Buendía, y esos abalorios no pueden defender a nadie. Creemos que esto se debe a que se toma la labor literaria como una moda en que hay que ajustarse al último patrón, a ese *dernier cri* poético que en provincias, esto en España y en todas partes, sólo conduce a extravíos del peor gusto.—*Abel Valdés A.*

Mío CID CAMPEADOR, por *Vicente Huidobro*.

Hazaña bautiza a su último libro Vicente Huidobro. ¿Qué es, en suma,

una «hazaña»? Su mismo creador nos lo explicará:

...una novela épica o una novela que se canta o la exaltación que produce en el poeta una vida superior.

...la novela de un poeta y no la novela de un novelista.

(Nota a la dedicatoria.)

Por su parte, los editores, bajo la evidente inspiración del poeta, sentencian:

La Hazaña es una especie de novela épica o más bien una serie de tapices heroicos sin más argumento o hilo central que el nombre del mismo personaje que sirve de tema a la obra y los episodios tejidos en torno a la vida de dicho personaje.

(Nota de los editores.)

No estamos precisamente en el reino de la claridad: novela épica, novela de un poeta y no de un novelista, serie de tapices heroicos. No importa. Bastante hace el poeta con crear su obra para que, de adehala, le pidamos que la explique. En el examen del poema, o novela, o del poema-novela, hallaremos elementos suficientes para darnos cuenta de la nueva aventura literaria de Vicente Huidobro. Para que no se dé a la palabra aventura un sentido peyorativo anticipo desde luego que considero esta obra la más lograda y seria de Huidobro. Otra cosa será creer que se trata de una obra maestra como lo aseguran los entusiastas editores (1).

(1) *Mío Cid Campeador*, por Vicente Huidobro. Compañía Ibero Americana de Publicaciones, Madrid, 1929.